

RECENSIONES BIBLIOGRAFICAS

R. Mondolfo, *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, Eudeba, Buenos Aires, 1971, 446 págs. El autor nos ofrece una obra sugerente y muy útil para todos aquellos preocupados por el problema o, mejor, Misterio del Infinito, cuyas últimas raíces no son sino el doble misterio de Dios y del hombre. La versión presentada junta amplitud y profundidad. Se extiende a los temas principales y tiene en cuenta las diversas opiniones de numerosos autores, entre los cuales se cuentan los más importantes. El estudio y análisis de las mismas es llevado con seriedad, competencia y objetividad. En algunos casos aparece cierto entusiasmo por autores, v.g. como ejemplo por de Bruno, que no nos convencen, y hasta nos resultan falsificantes del verdadero infinito. Pero esto, que para nosotros puede parecer una falla, para otros, al revés, tal vez resulte un mérito más... Los temas tratados son los siguientes: los términos del problema y los orígenes de la noción de infinito en la filosofía de Grecia; la infinitud del tiempo y la eternidad en la teología y en la filosofía griega; el número infinito y lo infinitesimal; la infinitud de las magnitudes extensas (universo y espacio) y la infinitud de la potencia universal divina; la infinitud del instante y la infinitud subjetiva; el infinito y las antinomias lógicas en la filosofía antigua. Fácilmente se ve que el autor ha sabido elegir muy bien los asuntos a tratar, pues son los fundamentales. Digna de alabanza es también la manera de exponerlos, dado el gran número de notas, citas textuales y aclaraciones pertinentes. El libro es altamente recomendable particularmente por dos motivos. El primero mira la mentalidad griega falsificada por la concepción parcializante de un clasicismo, que sólo veía en ella el amor a la claridad, a lo perfecto, a lo definido y olvidaba otras manifestaciones opuestas, no menos importantes que aquéllas, cuales aparecen en los grandes trágicos y en sus mismos filósofos. Mondolfo muestra satisfactoriamente que el griego era capaz de romper con la fascinación de lo perfectamente delimitado y asegurante, para abrirse a su realidad profunda, que es vocación al misterio. El segundo mira el hombre en cuanto tal, rebajado por muchos pensadores actuales a la banalidad de una existencia encuadrada en los límites de las realidades mundanas, in-consistente en su interioridad vacía o aparente. El autor al exponer los grandes filósofos de la antigüedad occidental, pre-ocupados por la Infinitud y hasta conscientes de la exigencia intrínseca de la misma, insita en la intimidad del propio ser, señala el camino para des-cubrir la verdad del ser humano, aquello sin lo cual sería un puro "aparecer" para des-aparecer, o sea su realidad como total apertura dinámica a la Infinitud. Lógicamente no tratamos de la conceptualización de la infinitud, tan querida por los racionalistas, ni de ésta como solucionadora de los problemas planteados por la limitación, la dependencia y el cambio,

sujeta a las leyes de la razón y a los conceptos humanos, que terminan por finitizarla... y dominarla. Nos referimos a la infinitud, exigencia vital de nuestra intimidad, misterio y persona, puro dinamismo abierto a la comunicación con el Ser como Persona, Misterio y Amor. R. Delfino

J. Jávau, *Dios es demostrable?*, Herder, Barcelona, Buenos Aires, 444 págs. El libro se dirige al hombre del siglo XX envuelto en los problemas y dificultades, que plantean una ciencia, una filosofía y una existencia, donde la palabra Dios parece ser relegada al pasado. El autor se encuentra ante una doble tarea: la remoción de los obstáculos para la recta comprensión de la realidad; la presentación de las razones, por las cuales se patentiza la verdad total y sus exigencias. Lo primero implica la dilucidación crítica de las concepciones, métodos y presupuestos del cientificismo y del filosofar ateos. El análisis llevado en profundidad va manifestando la inconsistencia de una actitud apoyada en lo erróneo o en lo falso, que bajo la apariencia de verdad, hasta de verdad absoluta e inconcusa, pretende arrebatar al ser humano justamente hasta aquello por lo que vale la pena ser hombre. Esta parte resulta necesaria, pues no son pocos los estudiosos con tan poca personalidad intelectual, a los cuales basta encontrarse con un nombre famoso en las ciencias o en la filosofía para pensar hallarse ante la última palabra sobre el sentido total de la realidad. Este alienar la capacidad intelectual "lo dice" o "lo dicen" es tan peligroso como el despersonalizarse en el "se dice" masificante. Lo segundo consiste en la exposición de los motivos demostrativos o mostrativos de la experiencia de Dios. Jávau utiliza tres argumentos, a los cuales atribuye una diversa fuerza probativa. Los dos primeros —diría de tono menor— son el cosmológico y el moral. Reciben un tratamiento amplio y profundo, pues se tiene bien en cuenta la mentalidad moderna, los aportes de la psicología, de la fenomenología, especialmente merleu-pontiana, de la ciencia y de una crítica epistemológica, que ponga en su debido lugar a los diversos tipos de conocimiento. Con todo para el autor, muy influenciado por Maréchal, la prueba privilegiada es la metafísica u ontológica (tomando el término en una acepción diferente a la de los famosos argumentos "ontológicos" de San Anselmo, Descartes, Leibnis, etc...) su base está en la existencia, en nuestro pensamiento, del deseo natural de contemplar al Ser infinito, que desemboca en la afirmación sintética de la p. 281: "De modo más breve, mi pensamiento, por el solo hecho de su existencia, manifiesta y prueba la existencia de Dios"; o en esta otra de la página 297: "La coherencia estricta de mi pensamiento me obliga a confesar que Dios es causa del mundo y de mi mismo". Es tal la importancia que atribuye a este tipo de argumentación, que en el apéndice segundo ofrece una síntesis del artículo que, con el título *La existencia de Dios postulada por la existencia del pensamiento*, escribió para *La Cité Chrétienne* (5-XX-35). Esta manera de concebir la demostración de la existencia de Dios, nos parece aceptable, aunque desearíamos una mayor profundi-

zación de la misma y el evitar una terminología, que a veces puede dar lugar a malas interpretaciones, como el hablar de una "aspiración infinita" y no de una "aspiración al infinito"... Lo más sugerente —según pensamos— no es tanto el pensamiento en sí, la actividad pensante, sino algo anterior *ratione prioritatis logicae*, el ser del hombre, apertura dinámica trascendente y absoluta, que por la intuición vital de sí en pureza y humildad, se abre a la *Presencia de la Infinitud*, la cual es la Persona (o Personas) que es Amor. Por eso la prueba aducida por el autor en tanto nos resulta muy valiosa, en cuanto es indicativa de aquello que, en nuestra opinión, es la última razón (por supuesto, *razón* no en el sentido racionalista) de la admisión de la existencia de Dios, la misma intimidad del ser del hombre. Jávau trata otros temas relacionados con la problemática fundamental. Lo hace en forma adecuada, sin ahondar demasiado. El estilo es claro con ejemplos sencillos y apropiados, no exento de profundidad. Es un libro que recomendamos. R. Delfino.

I. G. Barbour, *Problemas sobre religión y ciencia*, Sal terrae, Santander, 1971, 555 págs. Presenta de una manera muy adecuada a las exigencias actuales del discutido tema de las relaciones entre el conocimiento científico y el religioso. Siendo físico el autor, las ciencias fundamentalmente tratadas son las físicas y las biológicas, consideradas en su carácter teórico y no tecnológico, por ser éste último irrelevante para el fin propuesto. El esfuerzo se encamina a clarificar el verdadero sentido de lo que se llama el conocer científico y el conocer religioso, para mostrar su no incompatibilidad, la complementariedad de sus lenguajes, los significativos paralelismos de sus métodos y la posibilidad de una cosmovisión integrativa. La primera parte es la exposición histórica de las vicisitudes del problema a partir del siglo XVII hasta el siglo XX inclusive. Se han tomado en cuenta las corrientes y figuras más representativas en ciencia, filosofía y teología. La segunda va directamente al nudo de la cuestión, pues analiza la metodología empleada por ambos tipos de conocimiento y se investiga la verdad o realidad que pueden alcanzar. De especial interés es el estudio dedicado a las afirmaciones científicas, donde claramente aparece que la Ciencia no puede llegar a la realidad en sí, diríamos, al ser, para contentarse con sus manifestaciones *situacionales* o *contextuales* cargadas de teorías, de subjetivización interpretativa y de condicionamientos instrumentales... Hacemos resaltar también; por su actualidad, sobre todo en los países sajones, el análisis del lenguaje y las teorías del Positivismo Lógico en su relación a lo religioso. La tercera, *La religión y las teorías de la ciencia*, estudia tres temas muy en boga en nuestra época: la física y la indeterminación; la vida y la mente en su relación con otras estructuras, especialmente las máquinas; la evolución y la creación. Finalmente, en un último capítulo, se entra en la difícil cuestión de las relaciones de Dios y la Naturaleza. Este tema eminentemente filosófico-teológico está presentado según 3 tipos de opiniones:

las clásicas (Barth, Neo-tomismo, Pollard); las existencialistas o lingüísticas (Bultmann, Heim, análisis lingüístico); opiniones del proceso (Whitehead, Hartshorne). Este asunto exigiría una mayor profundización filosófica que la utilizada por el autor. Para poder determinar el papel de Dios, su actividad y la actividad de las realidades del mundo, debemos primeramente pensar en el Misterio (y no en problemas), en una Presencia Infinitamente Activa, que no entra (Dios no *está*) en el mundo, que no mueve (mentalidad cosifista... algo así como el *Primer Motor Aristotélico*...), pero que es la razón de todas las energías por las cuales las creaturas se mueven o son movidas. La gran tentación —para la cual contribuye no poco un lenguaje no purificado— es la infinitización de la Infinitud mirándola a través de conceptos obtenidos de los seres limitados y aplicados a Dios con una predicación unívoca. Caer en esta tentación, tan propia de los racionalistas y de los científicos, es cometer el gran pecado de transformarlo en esas caricaturas que se llaman el *Gran Arquitecto*, el *Gran Relojero*..., o sumergirse en explicaciones inaceptables. Por eso pensamos ser sumamente conveniente, por no decir necesario, que antes de tratar las relaciones de Dios y la Naturaleza, se exponga el sentido de la Infinitud como modo de realizarse del Ser Divino, de la presencia, de la actividad y de la analogía. Hecha esta salvedad, la obra de Barbour es recomendable y puede resultar muy útil a no pocas personas. R. Delfino.

K. Frielingsdorf, *Auf dem Weg zu einem neuen Gottesverständnis*, Knecht, Frankfurt, 1970, 200 págs. El subtítulo, *La teología de J. B. Hirscher como respuesta al pensamiento secularizado de la Iluminación*, indica la mentalidad rectora del libro. *En camino de una nueva comprensión de Dios*, y su actualidad, a pesar de tratarse de un teólogo cuya actividad renovadora se realizó hace unos ciento cincuenta años. El peligro mayor del Cristianismo no es tanto el ateísmo, sino el deísmo racionalista. Por otra parte, (uno de los principales gestores del anterior) con sus *dioses* (podemos hablar en plural, dada la diferencia que existe en el significado de *Dios* en cada filósofo representativo) hechos a imagen y semejanza del hombre (no son sino los *conceptos* transformados en entes, exigidos por su necesidad de dar sentido a su existencia humana), enormemente tentadores, como lo fueron los ídolos para el pueblo elegido, pues dan sin darse y están lo suficientemente lejanos de la vida del hombre como para no comprometerlo totalmente. El Iluminismo, máximo reresentante del deísmo racionalista, no dejó de influenciar también en la enseñanza cristiana desvitalizándola y haciéndola perder su verdadera perspectiva y fuente de conocimiento: la manifestación que el mismo Dios hace de sí en la Sagrada Escritura. La consecuencia es importantísima: el silencio de las Personas Divinas y su falta de influencia en la vida de los cristianos, reducidas a no ser sino una *respuesta* a una pregunta del *catecismo*... Contra esto ha reaccionado Hirscher, en una época especialmente indicada, dado que el influjo del Iluminismo

era todavía significativo. El autor nos muestra aspectos básicos de esta relación. Comienza por exponer la concepción acerca de Dios y su influjo en la instrucción catequética de entonces, considerando los temas donde más se hizo sentir su negatividad: el antropocentrismo de la estructura fundamental de la enseñanza; la imagen de Dios en la Teología; el sentido que cobra Cristo de acuerdo a esta mentalidad; la doctrina sobre el Espíritu Santo y la Santísima Trinidad, sumamente pobre, como es de esperar; las proyecciones a la moral. Para completar esta visión preparatoria expone sumariamente dos grandes movimientos, que también han influenciado a Hirscher: las corrientes antiiluministas, ya sean las irracionales gestadas en su seno, ya sean el romanticismo y el idealismo alemán; las ideas y concepciones renovadoras en la Teología al comienzo del siglo XIX. Pasando ya a Hirscher tenemos que el trabajo de Frielingsdorf se divide en dos partes. La primera presenta sus afirmaciones en los escritos teológicos. En resumen podemos decir que reaccionando contra el deísmo antievangélico acentúa el Misterio Trinitario, o sea la trinidad en las Personas de tal modo que su teología bien merecería el nombre, o los nombres (aparentemente contradictorios, simultáneamente tomados) de patrocéntrica, cristocéntrica y pneumatocéntrica; el Padre es el principio y fin de todo, pero sólo por el Hijo en el Espíritu Santo. La Segunda parte trata las estructuras teológicas fundamentales de su concepción de Dios. En ella aparece su pensamiento teocéntrico, su intelección histórica y orgánica, su opinión acerca de la personalidad divina, la estructura Cristo-trinitaria de la idea del Reino de Dios y la cuestión acerca del principio de concentración, las implicancias antropológicas en lo que respecta a la Gracia, y a la cooperación de la actividad humana y divina en la realización del Reino de Dios. Temas de perenne actualidad que actualizan la teología de Hirscher por el modo de concebirlos, lo cual se expresa particularmente en las tres cuestiones con que Frielingsdorf termina su estudio: conciliación del antropocentrismo y el teocentrismo; la orientación bíblica para una recta comprensión de Dios; un conocimiento Cristo-trinitario del Ser Divino. La obra consta de numerosas notas y un buen índice bibliográfico de las fuentes y de la literatura utilizada, pudiendo ser un buen instrumento de trabajo. De más está decir que la recomendamos. Es una contribución a la cristianización del hombre y del mundo, la cual debe comenzar por *cristianizar a Dios*. Mientras la Palabra Encarnada nada diga a los cristianos y la Trinidad de Personas no sea una verdad vital, capaz de conferir a toda la existencia humana su último sentido y dignidad, la Iglesia deberá arrastrar el peso de tantos pseudocreyentes (pseudoteístas) adoradores de un pseudo dios y no podrá cumplir su misión redentora. Algo semejante ya dijo Hirscher hace siglo y medio, y conviene que lo repita en este tiempo, que sigue de algún modo experimentando la influencia iluminista. R. Delfino.

Q. Huonder, *Das Unsterblichkeitsproblem in der abendländischen Philosophie*, Kohlhammer, Stuttgart, 1970, 155 págs. Esta obra, *El problema de la inmortalidad en la filosofía occidental*, nos ofrece una amplia visión de las diversas opiniones acerca de este importantísimo tema, que desde la época homérica se han ido presentando hasta nuestros días en el pensamiento de Occidente. El autor considera la posibilidad o la imposibilidad del hecho en sí, sus razones en pro o en contra, su realización concreta de acuerdo a las diferentes composiciones. Las escuelas filosóficas y los autores elegidos en general son de los más representativos. Lo cual no implica el que estén todos, ni que los expuestos hayan merecido en su totalidad el tratamiento recibido. En algunos se peca por demasía. Así siete páginas para J. Volket nos resulta exagerado. Mucho más, teniendo en cuenta que Fichte apenas si tiene unas líneas, y Schelling brilla por su ausencia. Hecha esta salvedad, el resultado es positivo y provechoso para la mayor comprensión de una realidad que —vaya la paradoja— es la más importante, si se quiere dar a la existencia humana su verdadera dimensión. La vida vale lo que vale la muerte, y viceversa. Quien es incapaz de valorar el misterio de la muerte, está incapacitado para valorar el recto sentido de una vida llamada a trascenderse. La muerte como misterio corona la vida como apertura, pues rompe las limitaciones, dependencias, opacidades propias de lo humano, y expresa la intimidad personal hecha pura trascendencia al Trascendente, Dios. Huonder, al presentarnos la actitud polimórfica de la filosofía occidental a través de tantos autores, nos permite ver que el problema —para nosotros misterio— de la muerte se mueve entre dos extremos: la muerte como plenitud vital; la muerte como nadificación total. Cada uno de ellos y las concepciones intermedias no son sino la última resultante de la capacidad de un pensar para asumir la realidad y las exigencias plenas del hombre. En otras palabras, inmortalidad y mortalidad son los dos términos claves para determinar la autenticidad o la alienación del pensamiento de un filósofo. Por eso, además, recomendamos este libro. En sus páginas aparece hasta qué punto el “pensador” puede realizar el sentido del ser humano, o despojarlo de su valiosidad para alienarlo a la corporeidad absurda del materialismo. R. Delfino.

J. Arias, *Le Dieu en qui je ne crois pas*, Cerf, París, 1971, 176 págs. *El Dios en que no creo* tiene por objeto una de las aspiraciones más importantes para todo verdadero creyente: la purificación del concepto de Dios. Para nosotros la gran pregunta dejó de ser, ¿cree Ud. en Dios?, para dar lugar a esta otra, más sutil y más profunda, ¿en qué Dios cree Ud.?, o, de otro modo expuesta, ¿en qué cree Ud. cuando dice creer en Dios? Utilizamos el *qué* sabiendo que lo más apropiado sería el “quién”, pues hemos tenido en cuenta el Dios que más aparece, y lo hemos encontrado totalmente despersonalizado. La Persona Divina atrapada por un racionalismo, ante cuya mirada todo se petrifica, pasa a ser la Gran Razón Suficiente, el

Gran Personaje obligado a sujetarse a los papeles que le dicta la razón humana y a los deseos de tanta gente ansiosa del *fetiché*, al cual se puede dominar con ritos y prácticas mágicas *sub specie religionis*. Contra este Dios hecho a imagen y semejanza del hombre, sin misterio, sin amor personal, muerto sin posibilidad de resurrección (por suerte) se dirigen las consideraciones del autor. Fundamentalmente es en el Evangelio donde Arias encontrará el rostro del Dios en quien se puede creer, pues el que ve a Cristo ve al Padre, al Dios verdadero, que es un llamado a la fe, a la esperanza y al amor, porque en último término la palabra Dios expresa la realidad de Tres Personas Divinas, cuya vida es el misterio de amor que llamamos la Trinidad, y cuya relación con los hombres no es otra que esos otros dos grandes misterios de amor, la Encarnación y la Gracia Santificante. La obra no es un tratado filosófico-teológico en que se quiere demostrar verdades. Es más que eso, es el esfuerzo de llevar a través de numerosas y pertinentes consideraciones sobre Dios, Cristo, la Iglesia, la libertad, la felicidad, a una toma de conciencia del infinito sentido vital y, por qué no decirlo después de la Encarnación, enormemente humano de nuestro Dios. Nos parece una obra sugerente y recomendable, sobre todo a personas de cierta formación. R. Delfino.

J. Girardi, *Dialogue et révolution*, Cerf, París, 1969, 283 págs. *Diálogo y revolución* expone con gran competencia el significado y las implicancias de estos dos términos, cuando se concretizan en la actitud cristiana frente a los problemas de la vida actual, especialmente ante la grande y difícil cuestión planteada por el ateísmo. El autor, *perito* del Vaticano II para *Gaudium et Spes*, ha visto bien que detrás de esas dos palabras se hallan otros asuntos, de no menor importancia, y sin cuya elucidación resulta imposible tratar seriamente el diálogo o la revolución. Es el hombre el que dialoga y el que hace la revolución. No el hombre solitario, animal racional, sino el hombre enfrentado a las profundas realidades sociales en las cuales se configura su ser en el mundo. Todo lo cual supone un determinado sentido de la vida, y éste, en último término, se traduce por la concepción que se tenga de Dios, de la Moral, en cuanto expresan una antropología. El primer ensayo, Vaticano II frente al humanismo ateo, posee un carácter general y suministra el enmarque de la investigación. Analiza el fenómeno del ateísmo y confronta el humanismo ateo con el humanismo cristiano, insistiendo especialmente en la clarificación del llamado sobrenaturalismo. El segundo tema está constituido por las relaciones entre la desmitización y el ateísmo. La idea fundamental radica en la antinomia originada por el pensamiento objetivo y el subjetivo, que se extiende a los planos fundamentales, como son el noético, el antropológico, el axiológico y el religioso. A cada uno de estos dos tipos corresponde una mitización propia y su correspondiente desmitización, las cuales fácilmente desembocan en el ateísmo. De aquí la necesidad de clarificar la diferencia entre la desmitiza-

ción atea y la religiosa, como hace Girardi. Pasa luego a la secularización en sus dos aspectos más sugerentes, el fenómeno en sí y la secularización del problema de Dios. Los dos capítulos siguientes tocan el meollo de una cuestión, que consideramos capital para la antropología y la moral: el problema del valor absoluto del hombre y su posibilidad en una concepción atea. En otras palabras ¿se puede hablar de valores absolutos y de una verdadera moral en el caso que no se admita la existencia de Dios? El autor estudia el tema en profundidad y llega a una conclusión perfectamente aceptable, la de la insuficiencia del hombre en la fundamentación de la moral y la exigencia de Dios para tener la obligación moral en sentido pleno. Dios no es condición de posibilidad del orden profano, que encuentra en sí la razón de su autonomía, sino de una dimensión más profunda, más vital, la del hombre en cuanto tal. En nuestra opinión esta delimitación de campos es fundamental. Dios es El Absoluto, pero no absolutista. Su presencia nada quita, nada impone como los *dioses* creados por el racionalismo o la mentalidad fetichista. Es Amor, por eso es eminentemente respetuosa del *ser* de las creaturas y de sus exigencias. Sin El se cierra la apertura vital exigitiva de la Absolutez, de la Trascendencia y de la Infinitud (última razón del ser como libertad) para alienarse a lo humano, como pura realización en función del mundo y de lo social, a través de la historia. De esta manera la libertad como *ser*, la dignidad absoluta de la persona, se alienan a la libertad como *hacer* o *poseer* y al valor relativo a las ideologías, a las sociedades, a las situaciones históricas... Vale lo que hace o puede hacer. Lógicamente no se puede hablar de libertad, valores, moral en sentido estricto, pero sí en sentido amplio, en cuanto que lo humano es de algún modo un *absoluto* en relación a las otras realidades, pues goza de autonomía situacional y es capaz de dominar y dar sentidos transituacionales, que le permiten *tomar distancia* y dirigir los acontecimientos, de acuerdo a sus necesidades y exigencias. Los dos últimos capítulos entran ya directamente en el tema sugerido por el título. El primero de éstos, *Filosofía de la revolución y ateísmo*, considera los conflictos básicos: el de los ideales históricos; el de las iniciativas históricas; el de las imágenes del mundo; el de las interpretaciones de la historia. El segundo, *Diálogo y revolución*, es un buen análisis del diálogo y de sus exigencias. El libro de Girardi es recomendable por la gran actualidad de los temas elegidos, y por el modo de tratarlos. R. Delfino.

R. Verneaux, *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo*, Gredos, Madrid, 1971, 145 págs. El libro consta de dos partes netamente diferenciadas. Una primera que consiste en una exposición muy útil, hecha mediante textos escogidos del "ateísmo materialista" y del "ateísmo existencialista". Ambas doctrinas tienen en común, para Verneaux, el no considerarse verdades metafísicas que busquen demostrar la inexistencia de Dios, "el ateísmo no se considera verdad metafísica, no busca el demostrar la inexistencia de

Dios" (p. 31), sino que son "una opción, consciente y deliberada que atañe al bien o al fin del hombre (...). No se quiere creer en Dios para poder creer en el hombre" (p. 31). Verneaux mostrará a través de textos de Marx y sus discípulos (Engels, Lenin) y de Sartre y Merleau-Ponty cómo para ambas corrientes la elección del hombre supone la negación de Dios.

La segunda parte es un intento de crítica del ateísmo de estas doctrinas, no de sus postulados o principios sino una respuesta a las objeciones, a "las razones que se alegan o que sobreentienden la negación" (p. 94). Aunque Verneaux no pretende hacer una apologética ("no tenemos intención de plasmar aquí una tentativa de apologética", p. 93), un poco después reconoce que no sería totalmente erróneo considerar de tal manera a la obra: "y si se quisiese tildarlo de apologético no cabe duda que es posible" (p. 94). En realidad es el principio metodológico de Verneaux el que podría discutirse y no el carácter más o menos apologético del libro. Lo que él intenta es "refutar" las "filosofías" marxista y existencialista con una "filosofía cristiana". Lo criticable no es que las oponga o muestre la contradicción entre ambas en puntos críticos: la existencia de Dios en este caso, si no esa voluntad de "refutar". Sobre todo habiendo reconocido en un principio que para ambos ateísmos la inexistencia de Dios es una opción de la voluntad más que una demostración de la razón. M. L. Pfeiffer.

J. Lortz, *La reforma de Luther*, Cerf, París, 1970, 591 págs. *La reforma de Lutero* se sitúa dentro del pensamiento católico sobre Lutero y su teología, durante el presente siglo. Comenzó con el libro del dominico austriaco H. Denifle, *Lutero y el luteranismo en su primer desarrollo según las fuentes* (Maguncia, 1904), que tiene abundante erudición histórica, pero con una interpretación valorativa de Lutero totalmente negativa. La reacción protestante no se hizo esperar y en 1917, cuarto centenario de la rebelión contra Roma, se vivió en Alemania con gran espíritu combativo. En 1911-1912, el jesuita H. Grisar publica una obra en tres tomos bajos, *Luther* (Friburgo), que tiene seriedad científica y un juicio crítico más sereno, pero sin embargo considera a Lutero como una persona enferma. Por estas dos líneas fueron los estudios de Cristiani, Maritain, Daniel Rops, etc., hasta que en 1939-40, Lortz publica su libro sobre Lutero, en un momento en que el movimiento ecuménico, de acercamiento confesional, es una realidad de alcance respetable. Es un tiempo en que ya se vislumbra que lo que une es más importante que lo que separa. Lortz distingue en su obra la necesidad de la Reforma de la Iglesia, la Reforma en sí y la persona de Lutero y su pensamiento religioso sobre la justificación.

Durante el Concilio Vaticano II el obispo católico Hans L. Martensen, ya precedido por los estudios ecuménicos de L. Febvre, P. Vignaux, Y. Congar y E.-G. Leonard, con motivo de los 450 años de las tesis de Lutero, publica sus estudios sobre la importancia ecuménica de Lutero en el tiempo presente, afirmando también la necesidad que existe para comprender a

Lutero, de comprender el contexto histórico-cultural de la época y el contexto histórico-eclesiástico que vivía la Iglesia en aquella época divisoria entre la Edad Media y el Renacimiento, con lo cual se permite ver la reforma como algo más que el fruto de una decisión personal de Lutero.

Lortz expone los errores de la doctrina protestante con riguroso cuidado sin ánimo de controversia, antes bien dolorido por el desgarrón que la división supone dentro de la familia cristiana. Martensen en cambio irá más allá, permitiéndose hablar del diálogo ecuménico, de los beneficios y aportes del luteranismo al catolicismo y de la posibilidad de un diálogo verdadero entre católicos y protestantes que tenga como fruto la unidad de la Iglesia. Respecto a la personalidad de Lutero, Lortz dirá que el aspecto religioso es el determinante último esencial de su personalidad, y Martensen afirmará que Lutero es una de las figuras más grandes y enigmáticas de la historia eclesiástica, haciendo así imposible separar la teología de Lutero de su propia personalidad. La obra de Lortz representa, en este sentido, un acontecimiento ecuménico de primera importancia, pues de ordinario Lutero es mal conocido en nuestro medio y a veces abordado con recelo o bajo la influencia de una educación religiosa muy fuertemente apologética y de cristiandad. Hoy la Iglesia católica entiende que no supo comprender toda la fuerza espiritual de aquel reformador que supo inspirar a millones de creyentes y brindó una base institucional a muchas iglesias.

El libro de Lortz cuyo original salió con el título de *Die Reformation in Deutschland* (Herder, Freiburg im Breisgau, 1939-40), ha conocido ya cuatro reediciones, siendo las últimas en 1962 y 1965; fue traducido al español en 1963 (*Historia de la reforma*, Taurus, Madrid), al inglés en 1968 y al francés en 1970, *La réforme de Luther* (Cerf, París). Se dirige a todos aquellos que buscan una guía para iniciarse en el estudio de la Reforma y de Lutero, más serena, comprensiva y críticamente. Lortz no sólo escribe la historia, sino que también busca examinar los hechos desde un pensar creyente. Ha descartado la polémica, la apologética, las simplificaciones abusivas y las generalizaciones. El problema de la reforma para Lortz no es solamente la persona de Lutero o la fuerza espiritual del reformador, sino que, en última instancia, es la Iglesia en su misterio de gracia y debilidad. Analizando cada una de las debilidades de aquella Iglesia de los grandes descubrimientos y del nacionalismo naciente va mostrando que la misma Iglesia estaba necesitando de reforma, y que eran muchos los que deseaban poner a la Iglesia en estado de reforma.

Desde esta comprensión eclesiástica, Lortz analiza luego la personalidad de Lutero, mostrando que la reforma no es fruto de la decisión personal de Lutero, pero que tampoco ella se entiende si antes no se trata de comprender a Lutero, pues el reformador es un cristiano más que clama porque la Iglesia se ponga en estado de reforma y escuche la voz del Espíritu Santo. Su drama personal es inseparable de esa comunidad eclesial, y aparece como uno de los grandes testimonios del cristianismo, que llevado

por el impulso de las circunstancias históricas, camina más aprisa de lo deseado y precipita los acontecimientos: la confusión teológica de los tiempos, la audacia del humanismo, el sentimiento antiromano de la nación alemana, la política de la curia romana y de los príncipes católicos, etc., determinan tanto la reforma como las dificultades personales de Lutero.

La división confesional es resultado, por un lado, de factores políticos y del triunfo de las armas y, por el otro, de la obstinación personal de Lutero. Por eso la Reforma no es decisión personal de él, pero no se comprende sin la actuación personal de Lutero. Es precisamente este insistir en Lortz en mostrar la importancia decisiva de las causas de la Reforma, la confusión teológica ambiental, la sinceridad y profundidad religiosa de Lutero, lo que ha hecho que católicos y protestantes miraran con más desinterés y respeto el acontecimiento de la Reforma y el hecho de la desunión de la Iglesia. Católicos y protestantes deben revisar las caricaturas religiosas que unos han recibido de los otros y admitir, en el otro, mayor honestidad y sinceridad de lo que hasta ahora se creía, y que de alguna manera son llamados a un enriquecimiento mutuo en razón de la presencia del Espíritu en cada uno de ellos. Lortz aparece, en su obra, como un historiador de oficio que no se contenta con reseñar los hechos sino que desde una perspectiva eclesiológica les da un sentido de fe, colocando así a Lutero y su obra dentro del contexto socio-cultural del Renacimiento y a la Iglesia en el desarrollo histórico de su misterio de debilidad y gracia. Sin utilizar la historia para denigrar a Lutero, tiene una mirada fraterna por este hombre que inventó, en medio del caos político de la Alemania de su tiempo y de la crisis eclesiástica post-medieval, un nuevo estilo de existencia humana y cristiana. J. L. Avila.

A. Latreille, *L'Église catholique et la révolution française*, tomos 1 y 2, Cerf, París, 1970, 295 y 290 págs. *La Iglesia católica y la revolución francesa* es una obra interesante tanto por la calidad de su estilo como por la riqueza de su documentación. El autor aborda con precisión y en forma amena los puntos cruciales por los que atravesó la Iglesia como consecuencia del movimiento de renovación que brota de la revolución francesa. Este movimiento, mirado en sus repercusiones políticas, sociales y religiosas, es especialmente referido a la Iglesia. En el 1er. tomo (1775-99) centra su atención en el Pontificado de Pío VI y su acción inspirada en un celo por la Iglesia universal frente a los problemas originados por la Iglesia Galicana, más directa y sensiblemente afectada por los ideales de la revolución francesa. Va siguiendo paso a paso el desencadenamiento de este conflicto, sin olvidar ubicarlo en un más amplio contexto europeo con todas las implicaciones que provocó. Parte de la situación previa de la Iglesia, describiéndola, con alarde de erudición, tanto en Roma, como en España, Portugal, Europa central y países de misión. En una segunda parte aborda el conflicto provocado por la revolución en el seno mismo de la Iglesia francesa. También

la relación que la Iglesia francesa mantiene con Roma, su ruptura al ser condenada la revolución por el Papa, y las diferentes tensiones que se crean entre el clero y los fieles, el clero y los obispos, los obispos y Roma. Finalmente acaba el 1er. tomo con un capítulo dedicado a mostrar el desmembramiento y ruina de la Iglesia católica, la destrucción de la Santa Sede y los últimos vanos intentos de Pío VI por mantener la tradicional estructura eclesiástica.

En el 2do. tomo (1800-1815) describe, al comienzo, los vivos esfuerzos realizados por la jerarquía eclesiástica para dar a la Iglesia universal su cabeza visible. El consiguiente nombramiento de Pío VII y cómo se bate la Iglesia en la era napoleónica frente a la grave crisis europea. Los nuevos lazos que se crean entre la República francesa y la Santa Sede y el Concordato de 1801. En el siguiente capítulo se detiene en la organización de la Iglesia concordataria en Francia, aportando testimonios valiosos sobre los distintos puntos de vista, tanto de fieles católicos como de los diferentes mandatarios de la Iglesia. Finalmente, una descripción de ricas tonalidades de la estada del Papa en París y del coronamiento de Napoleón como Emperador del Imperio. A continuación dedica parte de su libro a examinar la revolución napoleónica (1805-91) y las nefastas consecuencias que tuvo para la Iglesia en vías de reorganizarse. El viaje de Napoleón a Roma, su relación con la Iglesia francesa, a quien la usa como un factor político de poder, y la ocupación de Roma.

Luego narra en detalle las múltiples desaveniencias del Emperador y el Papa, el duro y prolongado cautiverio de éste, que se mantiene firme en la doctrina y sin inclinar la cabeza frente a la imagen del poder y la incertidumbre provocada por la dificultad de las comunicaciones, característica de la época en que se desarrollan estas acciones. Termina con la caída de Napoleón y da una imagen sugerente de lo que es la Iglesia al salir de estos procesos revolucionarios y de su futura reconstrucción frente a un devenir todavía incierto. J. L. Avila.



PASTORAL

C. Benzi

Nos ha llegado la Pastoral de la Conferencia Episcopal Alemana sobre *La Iglesia en la sociedad pluralista y en el Estado democrático del presente*¹. Se trata de una aplicación de la *Gaudium et spes* a la realidad alemana actual y se lo hace en tres líneas temáticas: *Para una comprensión eclesial del mundo, La Iglesia en la actual sociedad religiosa y cosmovisivamente pluralista*. Es un documento claro en el que uno puede ver cuáles son las preocupaciones de un país desarrollado, que no son idénticas, v.g., a las de nuestros países en desarrollo.

*¿Evangelización o lavado cerebral?*² recoge tres ensayos, que hacen una revisión de la actividad Evangélica (protestante) en América latina, particularmente de los métodos pastorales aplicados. Los ensayos son: *Evangelización e ideología* (H. Bürki), *Evangelizar y vivir* (R. Halverson), *¿Evangelización o técnica de ventas?* (J. White).

En sendas carpetas de cartulina, nos llegó *Pastoral al aire libre*³. Contiene, en forma de folletos abrochados separadamente, cada una, unos tres temas o conjuntos de pautas doctrinales y metódicas orientadas a ayudar a organizar y pasar humana y cristianamente las vacaciones. Sus autores son: S. Maluquer, S. Rubí, A. Castaños, J. L. Hermosilla. La 1ª carpeta presenta: *Decálogo de vacaciones* (3 págs.), *Sugerencias para una jornada tipo* (4 págs.), *Orientación bibliográfica* (4 págs.), *Educación al aire libre* (12 págs.), *El cuerpo signo del espíritu* (20 págs.), *El agua* (18 págs.), *Buscando el rostro de Dios* (30 págs.). La 2ª carpeta, cuyo título general es *Vivencias humanas y cristianas*, presenta: *Guiones para charlas formativas* (54 págs.), *Guiones para consignas* (15 págs.), *Pistas trazadas* (44 págs.). Constituye un valioso material para organizadores de campamentos o jornadas formativas.

En el campo de la pastoral de la predicación nos han llegado tres trabajos, dos católicos y uno protestante, cuya finalidad común es hacer un

¹ *Die Kirche in der pluralistischen Gesellschaft und im demokratischen Staat der Gegenwart*, Paulinus, Trier, 1969, 32 págs.

² Varios, *¿Evangelización o lavado cerebral?*, Certeza, Buenos Aires, 1972, 68 págs.

³ Varios, *Pastoral al aire libre*, 1 y 2, Sígueme, Salamanca, 1970.